

## PABLO GIMÉNEZ, MILITAR, ESCRITOR ROMÁNTICO Y COMPAÑERO DE BRETÓN DE LOS HERREROS Y RIEGO

JUAN ALONSO RESALT  
*Periodista e historiador*

SON muchos los hombres que, durante su vida y a lo largo de la historia, se han dedicado en Huércal-Overa a escribir y dejar impresas bellas páginas literarias y magníficos escritos, y es por ello por lo que, en esta ocasión, voy a intentar hacer un repaso de los escritores que han nacido o vivido en nuestro pueblo, siquiera sea de paso. Por tanto vamos a hacer un pequeño repaso de los escritores grandes y cercanos que han hecho de Huércal un lugar para vivir y referencia de sus escritos.

Primeramente, pasaremos de puntillas por encima la vida de Pablo Giménez de Cisneros y Toribio de Ugarte, un soldado huercalense que fue, gracias al destierro y la desdicha política, escritor de cuentos y poeta romántico, amigo del también escritor de Quell, Manuel Bretón de los Herreros y seguidor del general Rafael de Riego y Muñoz.

Otros escritores insignes de Huércal fueron, sin duda, el abogado y juez Enrique García Asensio, que nos dejó sus escritos en periódicos como *El Almanzora* y su nunca olvidada *Historia de Huércal-Overa*; y varios sacerdotes de los que ya hemos hecho referencia otras veces, como el presbítero Gabriel de Salas, que llegó a ser obispo de Cartagena; Carlos Camacho y sus escritos para periódicos y teatro; Juan Bautista Trúpita, gobernador del Banco de España y uno de los primeros expertos en este país en altas finanzas; y el sacerdote José Juan Giménez y Benítez, o Alonso Giménez Parra.

Y al final de este trabajo podremos incluso incluir a aquellos grandes de la literatura actual que cuentan las crónicas que visitaron, pasaron por aquí o quisieron conocer personalmente nuestro pueblo en los albores del siglo XIX o primeros años del siglo XX. Me refiero a escritores como el inglés-granadino, Gerald Brenan, que desde su Yegen de Granada, donde le llamaban «Gerardo», se trasladó hasta Huércal-Overa y su



El escritor huercalense Pablo Giménez de Cisneros

comarca en sus largas caminatas «de reconocimiento»; a personalidades del mundo de la literatura, como la escritora británica Virginia Wolf y a sus amigos del grupo llamado de Bloomsbury: a Ralf Patrige, a Dora Carrington, y a Lython Strachey. Con los tres y con su mujer de Yegen recorrieron en un viejo coche parte de toda esta zona almeriense, llegando incluso a bañarse en las playas de San Juan de los Terreros, Villaricos, Vera, Garrucha y Mojácar.

Hay noticias de que incluso, el filósofo Bertrand Rusell, amigo de los esposos Wolf y del propio Brenan, pudo visitar Huércal en los años 20 del pasado siglo, tras aceptar la invitación de Gerardo para que conociera esta parte de España.

Poco más tarde, en los años 60, sería el escritor catalán Juan Goytisolo quien viviría una temporada entre Huércal y Cuevas o Vera y Mojacar para poder redactar una de las obras maestras que se inspiran en el solar almeriense: *Campos de Nijar*, editado en 1962.

A todos ellos nos vamos a referir a lo largo de este artículo para dejar constancia del nivel literario de propios y extraños, que han dejado impresa parte de nuestra mejor historia y de las mejores páginas de la literatura.

El primero de nuestros autores referenciados era tío del que fue uno de los primeros gobernadores del Banco de España, el diputado y senador almeriense Juan Bautista Trúpita Giménez de Cisneros.

### I. PABLO GIMÉNEZ DE CISNEROS, UNA VIDA HEROICA Y ROMÁNTICA

La historia de nuestro primer personaje llamaría la atención en el celuloide si alguien se decidiera a hacer una película de su vida, puesto que en sus años de andanzas, guerras y letras, este huercalense hizo prácticamente de todo.

Este militar destacó como alférez en la batalla de Bailén a las ordenes del general Francisco Javier Castaños, siendo amigo personal del general Teodoro Reding y también del general Rafael de Riego, aquel del afamado himno republicano y de la declaración de la Constitución de 1812. Fue desterrado desterrado en época del rey absolutista Fernando VII por luchar contra él.

Pablo estuvo desterrado y detenido en un castillo en el pueblo francés de Foix, donde pudo vivir gracias a una inexplicable aventura amorosa y al favor de acogida de un magnánimo labrador francés. Llegó años más tarde a conocer personalmente al poeta y escritor riojano Manuel Bretón de los Herreros, e incluso se cartó con él en los años difíciles, pidiéndole consejo sobre sus escritos y libros, hecho conocido gracias a los apuntes biográficos de otro de nuestros ilustres escritores como es el juez. Enrique García Asensio que los recoge en su *Historia de Huércal-Overa*.

Nacido en Huércal del matrimonio habido entre el abogado Juan Bautista Giménez de Cisneros y Juana Toribio de Ugarte, la primera referencia que tenemos de Pablo tras dejar la academia militar es su participación en Jaén con el rango de alférez en la Guerra de la Independencia, a las ordenes del general Castaños en la batalla de Bailén.

Como la haría Benito Pérez Galdós en su cuarto libro de *Los episodios nacionales*, también Pablo,

como el relator del suceso Gabriel, pudo ver personalmente al general Castaños: «*vi al general cuando un día nos pasó revista subido a su caballo, tenía 50 años y me causó sorpresa su rostro, pues me lo figuré serio, hosco y añudo pero la cara de Castaños no causaba espanto a nadie aunque sí mucho respeto*». Con éste contribuyó a la derrota de los franceses del general Dupont, primera devacle desde 1808 que sufría el invencible emperador francés, Napoleón Bonaparte, en tierras españolas. Pero en ésta ocasión, en su primera incursión como militar en Bailén, es herido de gravedad en la cabeza: una bala rebotada que le destroza una parte del parietal le deja al borde de la muerte. Pablo pasa un mes a las puertas de la muerte, totalmente inconsciente, en un hospital instalado en este pueblo de Jaén. Y vencerá la adversidad y la fiebre septicémica que se le declaró a consecuencia de las heridas, nos dice García Asensio.

Sale del trance y es enviado por los generales Castaños y Reding al norte de España como teniente de un regimiento de Infantería para seguir luchando contra los franceses.

En diciembre de 1808 es hecho prisionero por un regimiento de húsares cerca de la frontera francesa y trasladado como prisionero hasta el castillo de la ciudad francesa de Foix, «*no lejos de la frontera con España*», junto con otros cien compañeros. La falta de libertad y el maltrato físico recibidos en la prisión francesa hacen mella en los prisioneros, lo que motivó que Pablo y unos compañeros militares más atrevidos intentaran una fuga al más puro estilo de las historias de Alejandro Dumas y su *Conde de Montecristo*.

Se percataron de que la torre donde estaban encerrados era muy alta y no había posibilidad de escapatoria, pero observaron que en invierno, con las nevadas, la torre se hacía más pequeña debido a la altura que alcanzaba la capa blanca tras días y días de intensas precipitaciones. Al siguiente invierno, sobre diciembre, cayó una copiosa nevada de varios metros de altura que les iba a permitir la huida con probabilidades de éxito. No se lo pensaron dos veces, echaron a suertes, serraron los barrotes y desde un ventanuco de apenas unos pocos metros —lo suficiente para que pasara una persona delgada— comenzaron a tirarse a la nieve desde lo alto de la torre. Los que llegaban los primeros al suelo ilesos tenían la obligación, en total silencio, de amontonar cuanta más nieve mejor para evitar el golpe fuerte contra las rocas de sus compañeros de evasión.



Tras ser hecho prisionero por los franceses a finales de 1808, Giménez de Cisneros es recluido en el castillo de Foix, al sur de Francia, de donde escapará un año más tarde

Pablo fue el tercero en precipitarse, y a él le sucedieron los demás compañeros hasta un total de doce. Sólo uno de los evadidos sufrió una fractura en un pie al tropezarse con una roca, obligando a los otros a trasladarlo mediante una especie de camilla o pariguera hecha con ramas de árbol, de camino a la frontera con España.

Caminaron casi cien kilómetros por bosques y descampados para no ser encontrados, y pasaron algunos días comiendo lo que podían y robando en granjas y propiedades campesinas. Los guardianes del famoso castillo de Foix no dieron con ellos, pero cercanos ya a la frontera con España, sin darse cuenta, fueron víctimas de una emboscada por un grupo de soldados franceses y, detenidos de nuevo, fueron conducidos al pueblo de Foix. De camino hacia su prisión en el castillo, Pablo, que conocía perfectamente el francés, intentó convencer a los soldados de Napoleón que le habían detenido de que él no era español, sino ciudadano francés. No habiendo conseguido su objetivo, la oportunidad le vino poco después, cuando llegado el pelotón a un recodo del camino próximo a la ciudad, Pablo, que se había quedado un poco rezagado, intentó una

nueva huida logrando finalmente escabullirse de los franceses sin que éstos lo advirtieran.

En ese instante, un vecino de la ciudad, tuvo compasión del soldado y pudo esconderlo, en una carroza, bajo su ancho capote y esperó a que pasaran los nerviosos soldados buscando al español evadido. Aquel hombre lo cubrió más tarde con una manta y lo protegió en su carro, ocultándolo entre sacos de trigo y alimentos, y trasladándolo hasta su casa a las afueras de la ciudad. Él mismo contaría años más tarde que en aquella finca lo trataron durante muchos meses como de la familia, y para el dueño era como su propio hijo, todo hasta que se pudiera repatriar o escapar de la campiña francesa.

Pablo impresionó de forma especial a la familia por su afán de trabajo, sus ganas de volver a España y su agradecimiento, pero sin duda a quien más agradó el porte del huercalense fue a una de las hijas del labrador francés, de nombre Dominique. El padre, del que desconocemos su nombre y apellidos, le propuso —según García Asensio— contraer matrimonio con su hija, agasajándolo con una sustanciosa dote que le habría servido para vivir holgadamente toda su existencia sin apuros



Manuel Bretón de los Herreros, escritor romántico con el que Giménez de Cisneros compartiría una estrecha amistad



El general Rafael de Riego, a cuyas ideas se adscribió el autor huercalense

económicos. Pero inexplicablemente Pablo rechazó aquella oferta y decidió volver a España «*por amor a su tierra y a su rey Fernando VII*». Lo hizo dos años más tarde con un pasaporte que el padre de su amada francesa le proporcionó de forma clandestina.

Ya en territorio español no pudo ascender de puesto en el escalafón del ejército debido a que estaba mal visto por sus ideas políticas y revolucionarias contrarias al rey gobernante «*el deseado*» Fernando VII. Tachado de liberal y afrancesado, dejó de percibir el sueldo de militar y cayó en la indigencia, por lo que decidió irse a vivir a las casas de su hermano Miguel, que alternaba su residencia entre Huércal-Overa y, más tarde, Madrid.

Hasta la muerte de «su amado» rey Fernando VII, Pablo fue separado del ejército y por tanto no ascendido de rango ni se le notificó de nuevo destino: para los militares había desaparecido. Para no sentirse «*como un mueble*» se dedicó desde entonces a la escritura y a la vida bohemia y romántica. Fueron casi 12 años de travesía del desierto, una travesía política e intelectual aunque divertida y extensa en lo que a la literatura se refiere y muy particular en el campo del amor. Sus «*amorios*» con conocidas actrices del momento eran la comidilla del mundo creativo madrileño.

De ésta época es su amistad con el escritor riojano Manuel Bretón de los Herreros que, como él, había sido soldado en la Guerra de la Independencia contra los franceses. Al igual que Bretón en plena época romántica, Pablo Giménez cultiva sobre todo la poesía y el teatro. Estrena un par de obras de teatro en Madrid y tiene un cierto éxito entre la crítica literaria y periodística y sobre todo, como ya hemos apuntado, con las mujeres.

Habita en el domicilio de su hermano Miguel, a escasos metros de la plaza Mayor de Madrid, dedicando sus jornadas a la escritura y a relacionarse con sus compañeros de inquietudes y poetas como Jerónimo Borao y Clemente, Juan Eugenio Hartzenbush, Salustiano de Olozaga, Antonio María de Segovia, Francisco Oñate, Gonzalo Martínez y el sobrino del riojano, Cándido Bretón y Orozco. Todos ellos son retratados, en 1864, por el pintor Antonio María Esquivel y Suárez Urbina en el cuadro *Los poetas contemporáneos*, donde se le ve a Pablo vestido con un gabán de color café pastel.

Pero si conocemos de Bretón de los Herreros más de ciento tres obras de la mejor literatura, de nuestro autor, sólo nos constan de esta época apenas tres obras que han quedado para la posteridad, dado

que sus descendientes, sobrinos y hermanos no las quisieron conservar o las hicieron desaparecer debido a su carácter político liberal y «*su peligrosidad social*» según el Gobierno.

En ésta época romántica escribió tres libros, el primero *Sátiras*, más tarde terminó *Refranes* y, por último, su obra cumbre *La maldición de los gatos*, pero sobre todo destaca su trabajo literario en *Mis cartas a Riego*, que con el tiempo adaptó al teatro. Sabemos por ésta referencia que conoció personalmente al general Riego, con el que se carteaba a menudo y con el que compartía su tendencia política liberal y sus ideales contra el absolutismo fernandino.

Pasaron los años y Rafael Riego, que había declarado la Constitución de 1812 como la ley primera del Estado, tras su golpe de Estado en 1820 contra Fernando VII fue presidente de las Cortes. Pero al poco tiempo tuvo que admitir como los antifernandistas, el triunfo absolutista llegado de Francia con los Cien mil hijos de San Luis del Duque de Angulema, Luis Antonio de Borbón, que en septiembre de 1823, restaura el poder y el absolutismo de Fernando VII.

Por entonces, nuestro autor está atravesando por un crítico período de olvido en los ámbitos político y militar. Mientras Riego es ajusticiado en la plaza de la Cebada de Madrid en 1823, Pablo Giménez de Cisneros, como ya hiciera Bretón de los Herreros en su Quel natal, decide ocultarse en Huércal. Tanto uno como el otro tuvieron que sufrir el olvido de todos por su pertenencia al Partido Liberal y su espíritu antifernandido.

Muere el rey absolutista doce años después y Pablo es llamado a filas. Ha pasado más de una década en la humillante clandestinidad, la llamada década ignominiosa.

Nombrado capitán, Pablo con el orgullo a flor de piel, es destinado por le Ministerio de la Guerra, junto a otros 300 oficiales, a la guarnición de la ciudad costera de Alicante con el objetivo de recomponer la defensa militar del levante español. No han acabado de instalarse, cuando a los pocos meses de llegar se desata una grave epidemia. Uno de los primeros en contraer aquella enfermedad mortal, sufriendo fiebres y vómitos y muriendo rápidamente es Pablo Giménez de Cisneros, que apenas tenía 39 años de edad. Según sabemos por un familiar de Pablo que le contó personalmente ésta historia a Enrique García Asensio, los últimos días de su tío fueron horribles.

Su cuerpo fue amortajado con el uniforme de capitán por sus compañeros de armas y enterrado con todos los honores militares en el cementerio católico

de Alicante, junto a otros 25 oficiales y miembros de la tropa, en un lugar hasta ahora desconocido. Atrás quedaban sólo unos pocos libros, un buen puñado de cartas dirigidas a su amigo Bretón de los Herreros y al general Riego y poco más, porque nuestro militar poeta y escritor nunca se casó con Dominique, la bella campesina de Foix, ni con otra mujer y siguió siendo soltero toda la vida, sin dejar descendientes que recuperaran su azarosa y corta vida. Ni una lápida le recuerda allí ni en su pueblo natal Huércal Overa.

De sus escritos recogemos que Giménez de Cisneros toma como base para su obra la sociedad de su tiempo y la reproduce en sus escrituras como si fuera un país diminuto de gatos.

Los ambientes madrileños, las modas, las ideas políticas y liberales, las preocupaciones, las anécdotas con sabor de época, los pequeños problemas, los lances amorosos, las ideas y las preocupaciones cotidianas, tipos humanos, profesiones y clases son todos tratados por el autor almeriense con mano maestra, como lo hizo su amigo Bretón de los Herreros.

## II. GERALD BRENNAN Y SUS AMIGOS DE BLOONSBURY

Algunos autores almerienses defienden la teoría de que el escritor británico Gerald Brennan, en una de las escapadas que realiza en 1920 para conocer el territorio cercano a «su pueblo» granadino de Yegen, trajo hasta Huércal-Overa a sus amigos ingleses del conocido grupo de Bloonsbury. En efecto, en la primavera de 1920, ya en relaciones con Juliana, la madre de su hija Miranda, acompaña hasta esta parte de Almería a sus amigos los escritores Ralf Partridge, Dora Carrington y Lython Strachey.

Tres años más tarde recorre parte de esta zona de la Axarquía almeriense con los esposos Wolf, el editor Leonard y Virginia, la afamada escritora, que se convertirían con los años en personajes de prestigio mundial.

Brennan, que durante catorce años vivió en pueblecito granadino de Yegen y era conocido entre los lugareños como «*el inglés*», escribió aquí libros como *Al Sur de Granada*, obra literaria de fama mundial llevada al cine por el director español, Fernando Colomo, y la biografía de San Juan de la Cruz, una *Historia de la Literatura Española* o *Pensamientos de la estación seca*.

Otro de los visitantes de esta tierra, sería el británico Bertrand Rusell. El filósofo, matemático y



El hispanista británico Gerald Brenan, viajero por tierras de Huércal-Overa en los inicios de los años 20

pensador igualmente vino a visitar a Gerald Brenan en alguno de los pueblos en los que vivió el inglés en el propio Yegen, en Churriana o en Alhaurín el Grande, según defienden algunos autores. De esta última visita no hay constancia, pero algunos autores defienden la estancia de Rusell en Almería en una excursión de Brenan por la zona para conocer la forma de vida de los campesinos de las Alpujarras y la Axarquía almeriense. Iban ya acompañados de la esposa británica de don Gerardo, Gamel Woosley.

### III. JUAN GOYTISOLO Y SUS CAMPOS DE NIJAR

Otro de los autores universales que visitaron nuestro pueblo, ésta vez en los sesenta del siglo pasado, fue el escritor catalán afincado en Marrakech, Juan Goytisolo.

Según apuntan algunos autores, Goytisolo vivió temporadas largas en nuestra tierra recorriendo sus pueblos y conociendo ciudades para descargar en su mochila datos, conocer costumbres e ideas y así poder escribir «una gran obra» en 1960.

Saca a la luz en 1962, en la editorial Seix Barral *Campos de Nijar*, donde recoge uno de los viajes

del autor por estas tierras almerienses, las más desheredadas del sur de la península. Es un viaje donde la dureza de las condiciones de vida de la región pone de manifiesto el espíritu de sus habitantes y la singularidad de sus primitivas cualidades, así como el verdadero valor de una tierra desnuda y primigenia.

*Campos de Nijar* es el fruto de la atenta mirada de Juan Goytisolo, una de las figuras capitales de la actual narrativa española y europea

### IV. ENRIQUE GARCÍA ASENSIO, NUESTRO MEJOR ESCRITOR Y JUEZ

Hay una calle en Huércal-Overa llamada Enrique García. Una calle céntrica que nos recuerda a uno de los hombres que más ha hecho por este pueblo y, gracias a él, sabemos que Huércal Overa tiene historia, una dilatada y rica historia.

Don Enrique, como se le conoce entre los vecinos y los historiadores, obtenía el título de abogado el 2 de marzo de 1882, ejerciendo su profesión desde el 20 de mayo de 1882 hasta el 4 de febrero de 1889. Siete años en los que, sobre todo, destacó por su profesionalidad y su humanidad.

Pero Enrique no se paró y siguió estudiando, preparando las oposiciones de juez. De ésta manera, fue nombrado por el ayuntamiento fiscal municipal, propietario y suplente de dicho juzgado, y a la vez secretario del Colegio de Abogados de Huércal-Overa hasta 1889. Ese mismo año, el 12 de diciembre, fue nombrado vicesecretario de la Audiencia de Cuenca, a donde se trasladó para volver a Huércal el 20 de enero de 1889.

Amante de su tierra, siempre buscaba un hueco en su agenda de trabajo para volver en carreta, a caballo o en tren hasta Alcantarilla y visitar a los suyos, o disparar unos tiros yendo de caza con los amigos, o escribir en algún periódico de la época como *El Almanzora*, *El Horizonte*, *El Cachorro*, *La Rápita* o *El Maimón*.

El 13 de mayo de 1902 desempeña las labores de juez de primera instancia de San Clemente; el 3 de noviembre de ese año es ya juez de Vélez Rubio y es nombrado por el Ministerio de Gracia y Justicia para otros destinos como Lorca, Totana, Caravaca de la Cruz, Mula y Cartagena.

El 11 de enero de 1911 ejerce de abogado de la Fiscalía de la Audiencia Provincial de Murcia, y el 21 de diciembre de ese mismo año ocupa la plaza de juez de primera instancia de Cieza.

Aquejado por una enfermedad, García Asensio, vuelve a Huércal y sigue trabajando incansablemente todos los días y disfrutando con sus investigaciones. Sus tres libros de la *Historia de la Villa de Huércal Overa*, editados en fascículos por *El Almanzora*, en la imprenta Casa Resalt, primero, y más tarde en la imprenta de José Antonio Jiménez de Murcia hacia 1910.

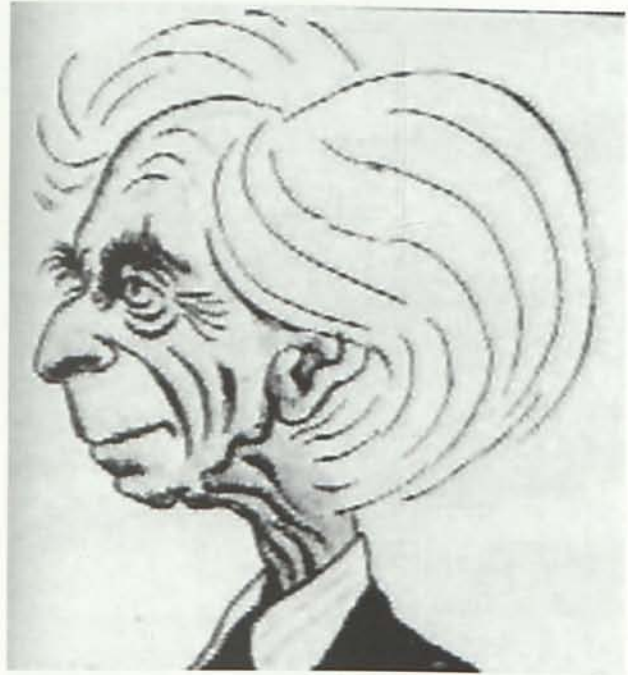
Don Enrique falleció en 1916 y fue enterrado con toda la solemnidad del personaje y lo que representaba en el cementerio del pueblo, donde aún reposan sus restos mortales.

Aparte de su amplia y fructífera vida profesional en la abogacía, la judicatura y las leyes, don Enrique no ha pasado desapercibido, porque dejó escrita una magnífica obra literaria y documental que después de casi un siglo sigue en pie y vigente como el primer día *Historia de la Villa de Huércal Overa*.

Sabemos, por lo que nos cuenta él mismo, que pasó muchos años entre papeles, cuartillas, documentos judiciales y notariales, charlas, investigaciones en archivos de toda España, y recopilando datos hasta llegar a Madrid o Barcelona para sacar a la luz esta magnífica obra de nuestro pueblo que no ha sido aun superada por nadie.

Esta historia de Huércal fue concluida a principios del siglo XX, hacia 1910, pero desde esa época —y en ello coinciden varios historiadores— no se ha hecho una recopilación histórica tan impresionante de Huércal Overa, por lo que existe una asignatura pendiente de todos nosotros para seguir relatando esa historia, al menos la del siglo XX.

El Ayuntamiento de Huércal, que acaba de reeditar la obra, ha puesto muchas esperanzas en conseguir que la historia de Asensio llegue a todos los hogares del pueblo.



Caricatura del matemático y filósofo Bertrand Russell, acompañante de Brenan en sus correrías por tierras de Almería

Don Enrique es hoy referencia obligada de cuantos historiadores queremos investigar algo sobre Huércal, y punto de partida de muchas obras e investigaciones realizadas, porque sabemos que su familia aun conserva escritos, cartas y documentos que no han sido estudiados y que esperan la mano amiga para sacarlos de unas cajas y desempolvarlos para volver a dar lustre a una historia y un personaje que aún no ha dicho su última palabra. Ese archivo olvidado de don Enrique es un reto para gente como nosotros del siglo XX.

Para los vecinos es sin dudar el mejor historiador y cronista de su pueblo, y para los estudiosos un referente obligado.

